

eres el dechado de toda las virtudes, te creeria coqueta.

Asomó á los labios de la duquesa una desdeñosa sonrisa, y murmuró:

—Pero no lo crees, ¿verdad?

—No me es posible, porque se trata de tí.

—Gracias; me haces justicia.

—Pero ya que no coqueta, llegaré á pensar que eres cruel.

—Lo que no quiere decir que seas infalible.

—No me desesperes, por piedad, Adriana; te amó con toda mi alma, y me siento capaz de todo. Estoy ciego, créelo.

No habia acabado de pronunciar las últimas palabras, cuando de nuevo oyóse la voz del criado, que decia:

—La señora doña Isabel del Castillo espera en el recibimiento de la señora duquesa.

—¡Oh, es ella! exclamó Adriana levantándose precipitadamente.

—¡Maldita! murmuró Luis entre dien-

tes, sin poder disimular la contrariedad que sufría, exclamacion que no escapó al fino oido de su prima.

—¿Es tu amiga? preguntaron las dos hijas del baron cerrando el álbum.

—Sí, contestó Adriana dirigiéndose á la puerta.

—¿Tendrás algun inconveniente en presentarnos á ella? repuso Aurora.

—¡Oh! ninguno; venid conmigo.

—¿Y no puedo participar de ese honor? dijo Luis.

—Tiempo habrá para ello; no es cosa tan urgente, respondió la duquesa saliendo de la habitacion acompañada de sus primas.

El recibimiento de la duquesa era un hermoso saloncito adornado con todo el lujo de que sus señores tios pudieron echar mano. Alfombras de Persia, ricas tapicerías de la India, venecianos espejos, jarrones de la china, magníficas figuras de bronce dorado, mármoles, nácar, plata, oro, todo lo que puede haber de más rico es-

taba confusamente reunido en aquella sala, donde recibía Adriana á sus administradores, pues careciendo de amigos en España, no tenía visitas particulares. La primera de éstas fué Isabel, acompañada de su hija; era, pues, un acontecimiento que los barones del Monte no debían mirar con indiferencia, estando tan interesados en la suerte de su millonaria parienta. ¿Quién era su amiga? ¿De dónde había salido? Recien llegada precisamente había de ser, pues en los círculos del buen tono no se conocía tal nombre. ¿Qué podía ser el vivo interés que la duquesa mostraba por esa amiga llovida del cielo? Preciso era averiguarlo. Por lo mismo Lola y Aurora, que estaban interesadas como el que más en la suerte de su prima, por creerla íntimamente ligada con la de su hermano y relativamente con la suya propia, apresuráronse á conocer á la visitante, pues sin saber por qué, las alarmaba.

Ajena Isabel á las dudas y temores que su presencia en aquella casa inspiraba,

había tomado asiento en una butaca, y su hija, que por vez primera veía todo aquel boato, iba recorriendo con la boca abierta los cuatro extremos de la habitación, fijándose ya en un objeto, ya en otro, y corriendo muy á menudo hácia su madre para obligarla á mirar lo que ella deseaba no ver, porque le recordaba sus tiempos felices y su pasada prosperidad, oprimiéndola tristemente el corazón, pues nada hay más doloroso que el recuerdo de un bien perdido.

La voz de la duquesa pronunciando su nombre, al tiempo que un criado levantaba el rico tapiz de la puerta, distrájola de su triste meditacion, y dejando el asiento, corrió hácia ella, arrojándose una en brazos de otra. Dejó también la niña cuanto miraba, y corrió á cogerse al vestido de Adriana, exclamando:

— Dame un beso . . .

— Sí, niña mia, dijo ésta desprendiéndose de los brazos de Isabel y tomando en los suyos á su hija, la que se abrazó á ella

dispuesta á no soltarla tan fácilmente si su madre, comprendiendo que tan vivas caricias debian molestar á su amiga, no la hubiera hecho sentar en un taburete á los piés de ésta.

En tanto, echaban las del Monte una mirada inquisitorial sobre el humilde vestido de tosca lana, el pañuelo á él correspondiente y la modesta mantilla de tul, con que iba engalanada la íntima amiga de la duquesa de Clarendon, y no pudieron menos de reirse interiormente de tal amiga, de su prima y aun de ellas mismas, que por un momento la temieran. Su traje bastó á tranquilizarlas, pues indicaba la clase de la mujer que lo vestía; así que, despues de una inclinacion de cabeza y sin dignarse descender sus ojos hasta la pequeña Isabel, que las miraba sonriéndose y como esperando una de esas caricias á que los niños están acostumbrados, tomaron majestuosamente asiento tan cerca de la duquesa como les fué posible.

A los primeros saludos siguieron las pre-

sentaciones, y luego una conversacion insustancial y fria, en la que cada una ponía de manifesto su aburrimiento; pues como sus ideas se rechazaban, no podian entablar conversacion sin fastidiarse las unas á las otras; así que, despues de hablar de que el dia es más claro que la noche, y de que generalmente no llueve cuando está sereno, y advirtiendo Adriana lo violentas que estaban sus primas, repuso:

— Despues del gusto que en conoceros ha tenido mi buena amiga, os dispensará si, dejándoos de cumplidos, seguís en vuestras ocupaciones, pues sobrade sabe ella que las mujeres no solemos estar ociosas.

Respiraron libremente las hijas del baron del Monte al oír las palabras de su prima, que equivalian á un pasaporte para sus habitaciones, donde podian reir y hablar á su gusto con quien las entendiera; pues por temor de que la duquesa lo tomara á mal, no se habian retirado ántes. Levantáronse, pues, y terminados los indis-

pensables saludos, olvidándose ambas de ofrecerse á la amiga de su prima, salieron del salon; y para respirar más el aire libre encamináronse al jardín, donde las dejaremos riéndose á sus anchas para reunirnos á las dos amigas que, como si las hubieran desatado la lengua, entablaron animada conversacion.

—Perdona mi impaciencia, decía Isabel, y hazte cargo de lo que sufriré cuando así te estoy importunando.

—No, querida, lejos de eso refrescas mi memoria y avivas mi interes, que por gran de que sea, jamas igualará al tuyo. Hoy mismo volveré á escribir al cónsul español para que me diga á qué altura está en sus investigaciones, pues no dudo que él espera escribirme cuando sepa á qué atenerse, conforme me dijo al acusarme recibo de la mia.

—¡Oh! si me fuera dable ir yo misma, del centro de la tierra arrancaria el cadáver de mi esposo; los demás, por mucho

que quieran servirte, les falta lo que yo siento.

—¡Calla!... exclamó Adriana, acabas de sugerirme una idea.... tienes razon por mucho que quieran servirme, jamas le harán como deseamos.

—¿Qué intentas, pues?

—Mandar á Paris á Fernando en persona; su carácter activo me hace asegurar que en quince dias quedará el asunto terminado.

—¿Quién es Fernando?

—Uno de mis administradores, persona muy inteligente, que conoce á Paris á palmos, y además reúne un carácter á propósito para esta clase de comisiones.

—Dios te lo premie, Adriana, no sabes el bien que me haces.

—Vaya, déjate de lágrimas; ¿qué más quieres de mí?

—Solo deseo que te persuadas de lo mucho que mi corazon te agradece cuanto estás haciendo.

—Algo más deseas, no has venido á mi casa para esto solamente. Habla, ¿qué te detiene? Si usas reticencias conmigo; si no puedo leer en tu pecho como tú en el mío, dudaré de tu amistad, me creeré sola en el mundo como me creía antes de encontrarte.

—Oh, no, Adriana! yo seré siempre tu amiga, tu hermana; yo no puedo ocultarte nada porque tú eres mi Providencia.

—Vaya, habla, dijo la duquesa rodeando con su brazo el cuello de su amiga, mientras la pequeña Isabelita, usando menos cumplidos que su madre, habia echado mano á un magnífico álbum que contenia grandes copias de los sitios más notables de la América del Norte, grabadas en acero y detalladamente explicadas en inglés, por lo que la criatura se volvía toda ojos; pues deseando saber lo que eran aquellos paisajes, deletreaba algunas palabras, encontrándose al fin con que no decían nada: así á ella le parecía.

—¿Qué te diré? repuso Isabel. Hay sentimientos que no podemos explicarnoslos á nosotros mismos, cuanto más á los demás.

—Acaso sientes algo que no te explicas.

—Tal vez.

—Isabell.

—¿Qué quieres, querida mia? ciertos corazones no se ven satisfechos nunca, el mío es uno de ellos.

—Mas qué desea tu corazón? ¡Oh! habla.

—Sonrió Isabel bondadosamente, y murmuró:

—¿Me crees egoista?

—No tal, querida, ¿por qué me lo preguntas?

—Si no me crees egoista, ¿piensas acaso que puedo ser feliz al ver sufrir á los que me rodean?

—Palideció visiblemente la Duquesa, y bajando los ojos y procurando dar á su acento toda la seguridad posible, murmuró.

—¿Sufren! ¿por qué?

—Lo ignoro; solo sé que antes, en medio de su pobreza, la madre sonreía á su hijo por no desespérarle; el hijo sonreía á la madre para inspirarla el valor que á veces á él le faltaba. Ahora que, cumpliendo escrupulosamente tu mayor deseo, procuro que de nada carezcan, no se secan las lágrimas en los ojos de la una, y la sonrisa se ha apagado en los labios del otro, que pálido como un cadáver y devorado por una tristeza que no puede disminuir, se pasa horas enteras encerrado en su habitación, huyendo de su madre, de mí y aun de mi hija, que antes constituía toda su distracción.

—Y no has podido saber...

—Inútilmente pregunto, pues ambos esquivan esta conversación, ó lo más alegan el pretexto de las pesadumbres que le da á Enrique la venta de su obra; mas no es esto, estoy segura.

—¿Qué crees, pues?

—¡Me lo preguntas, Adriana! es que En-

rique ama con ese sentimiento reconcentrado de un amor imposible y que constituye toda su existencia.

Esta vez palideció la duquesa hasta apagarse el color de sus labios, y con trémula y ahogada voz, repuso:

—¿Tú crees eso?

—Y tú también. ¡Oh, cuán cierto es que mientras el sol sale para unos, se pone para otros!

—¿Qué quieres decir?

—Tu venida á España fué el sol que alzó la tormenta de mi corazón, para...

Iba á decir él, pero evitólo su amiga, interrumpiéndola con estas palabras:

—¿Y vende, por fin, la obra?

—Nos comprendemos perfectamente, murmuró Isabel, apretando la mano de la duquesa.

—Sí, querida, baluceó ésta, hay cosas tan delicadas que no deben nunca tocarse.

—Y ambos sois así desgraciados!

—Esto te probará cuán mentido es el poder que al oro se atribuye.

—Y no hay duda que Dios ha formado vuestras almas una para otra.

—Si Dios así lo ha hecho, no dejará sin concluir su obra. Hé aquí mi esperanza.

—¡Es verdad! ¡Oh, si yo pudiese inspirarle á él estas santas ideas! Mas ¡cuán distinta es su situación!

—¿Y ese libro que ahora ha acabado?...

—Es su última esperanza desvanecida. Según él, el libro vale mucho; pero el editor pretende especular con este como con el otro.

—¡Oh, eso es muy sensible!

—¿Qué quieres? ... por más que su obra valga, un hombre oscuro no tiene valor ninguno.

—¡Es verdad, exclamó la duquesa; y haciendo una pequeña pausa, continuó: Hace días que me ocupo en la mejor manera de cambiar la posición de esa virtuosa familia sin herir su dignidad; no es solución fácil

de resolver, mas espero, con la ayuda de Dios, llevarla á cabo. Cuento con tu discreción, y espero que no aventurarás una pregunta sobre lo que jamás revelarán mis labios.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Isabel, haciéndola exclamar:

—¡Oh, Adriana, cuánto vales!

—No me elogies, Isabel, ahora ménos que nunca los merezco.

—¿Por qué?

—No me hagas repetir lo que en este momento estás pensando.

—Adios, pues, dijo aquella abrazándola, nada más te digo: ¡cómo igualar mi interés al tuyo!

Después de besar á su amiga y á su hija, quiso Adriana acompañarlas por sí misma hasta la puerta del jardín para evitarlas pasar por entre la multitud de lacayos destinados únicamente á levantar los ricos tapices que cubrían las puertas, pues con el tacto exquisito que tanto la distinguía,

comprendió desde luego que su amiga preferiría andar por la arena y entre flores.

Apénas acabaron de bajar la escalinata de mármol, divisó Adriana á sus primos paseando á la sombra de unas acacias, é inmediatamente, y con mucho disimulo, cambió de dirección, mas era tarde; habíala visto el baroncito, y dejando á sus hermanas corrió á su encuentro. Saludó friamente á Isabel y á su hija despues de echar sobre ellas una investigadora mirada, y como si ya hubiera hecho todo lo que se merecian, púsose resueltamente al lado de su prima, murmurando:

— Si no estorbo.

Comprendió la duquesa que aquel llevaba intencion de no abandonarlas, y contestó:

— Nunca estorbás, Luis, mas déjate de etiquetas con nosotras; Isabel, más que mi amiga, es mi hermana; por lo tanto, puedes excusar los cumplidos y seguir acompañando á las tuyas.

Ante tal indirecta, y temiendo caer en desagrado de la que á toda costa se habia propuesto agradar, murmuró alguna galantería, repitió sus saludos y agregóse de nuevo á sus hermanas, que, en cuanto le divisaron, echáronse á reir exclamando:

— ¿Qué te parece la amiga?

— ¿No habeis acertado quién es? dijo el joven.

— No, ¿la conoces acaso?

— ¿Recordais aquella buhardilla donde nos hizo subir acompañando al Viático?

— Demasiado, repuso Aurora, pero.

— Pues esa es la enferma que estaba tendida sobre aquel sucio jergón.

— Es posible? murmuraron las dos hermanas.

— No lo dudeis, á ella me hubiera sido difícil reconocerla, mas la picarésca cara de la niña nó se ha despintado de mi memoria.

— Calla.... ahora recuerdo que efectivamente habia una niña cerca de la enferma.

—Pues ellas son, ¿verdad? —  
—¡Esto solo nos faltaba!

—Pero esa muchacha está loca?  
—¡Rebajar así su dignidad!

—El mejor día presenta en nuestros salones á los pobres de San Bernardino.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡vaya una prima extravagante!

Mientras así se reían los hijos del barón del Monte, separábanse las dos amigas con un tierno abrazo.

—Adios, decía la duquesa, no olvidaré ni una de tus palabras.

—Adios, mi ángel bueno, decía Isabel, y una vez en la calle, murmuró para sí: Si yo puedo darte la felicidad que tú me devuelves, quedará mi ambición satisfecha.

Para evitar todo encuentro con sus primos, encaminóse Adriana á sus habitaciones por una estrecha vereda oculta entre arbustos, y una vez en su dormitorio, agitó una campanilla, á cuyo sonido acudió Dori.

—Hija mía, díjole la duquesa, avisa á James y á Fernando para que se presenten cuanto antes.

Apénas desapareció la jóven, dejóse caer de rodillas ante la imágen del Redentor, diciendo:

—«Que no sepa tu izquierda lo que hace tu diestra;» estas fueron tus palabras, Dios mio: ayúdame á cumplir tan santo precepto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.